

LIBROS

74

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2014

Felipe Calderón
• LOS RETOS QUE ENFRENTAMOS

Patricio Pron
• NOSOTROS CAMINAMOS EN
SUEÑOS

Carla Faesler
• FORMOL

Efraín Huerta
• EL OTRO EFRAÍN. ANTOLOGÍA
PROSÍSTICA

Hugo Hiriart
• EL ÁGUILA Y EL GUSANO

Luis Fernando Lara
• HISTORIA MÍNIMA DE LA LENGUA
ESPAÑOLA



POLÍTICA

Un (inútil) séptimo informe de gobierno



Felipe Calderón
LOS RETOS QUE ENFRENTAMOS
México, Debate, 2014,
344 pp.

✎ **SALVADOR CAMARENA**

Felipe el abnegado. Felipe el incomprendido por los medios de comunicación. Felipe víctima de gobernadores y legisladores. Felipe el valiente. Felipe el artífice de un “milagro económico”. Felipe nuestro salvador ante el virus AH1N1. Felipe el moderno. Felipe líder de un equipo de colaboradores sin par. Felipe el legalista. Felipe el demócrata. Felipe el visionario. Felipe el que en su nuevo libro nos dice a los mexicanos: “Yo también los extraño mucho.” Felipe Calderón Hinojosa, político que está de vuelta en México y en la política mexicana. Felipe el autor de un libro en el que responde muy poco, prácticamente nada, sobre grandes dudas en torno a su sexenio.

Presentado bajo el esquema general de “los principales desafíos que viví como presidente de la república y las políticas públicas” para resolverlos, Felipe Calderón Hinojosa ha publicado *Los retos que enfrentamos*. El volumen es un monótono compendio de cifras y asertos, una narración pendular en la que su autor iguala la (enorme) magnitud de los problemas con las (avezadas) soluciones ideadas por él y sus colaboradores para lidiar con la situación. A pesar de sus limitaciones, esta crónica presidencial podría haber tenido alguna oportunidad de ser atendida, pero su aparición ha quedado sepultada por otra narrativa: la del extraordinario (por inédito) ciclo reformador de Enrique Peña Nieto.

Sin embargo, el libro de Calderón no solo tiene un problema de *timing* o de tono triunfalista. Para ponerlo en palabras que escuché de una mujer de Tijuana que buscaba a su hijo desaparecido durante el sexenio pasado, el texto es como “el carrizo, está hueco, no tiene corazón”. Felipe Calderón eligió debutar en la galería de los expresidentes mexicanos comentando “sus tiempos” con un documento que no se atreve a mirar a la historia de frente.

Que no se atreve a exponer por qué decidió aliarse con Elba Esther Gordillo en la elección del 2006 y si valió la pena pagarle tanto durante el sexenio. Que no reflexiona con honestidad sobre la inoperancia de su administración en casos tan flagrantes como el de la Estela de Luz, monumento a la corrupción de su régimen. ¿Qué tanto valdrá este testimonio, como el propio Calderón lo ha calificado, cuando no tuvo la valentía de mencionar ni siquiera una vez, aunque fuera para negarlas, las denuncias por violaciones a los derechos humanos en su administración?

El libro queda a deber demasiado. Por años, varios investigadores y periodistas han hecho la pregunta sobre cómo surgió la decisión de convertir el combate a los narcotraficantes en el eje de su gobierno. En vez de aportar datos al respecto, en vez de

contar su versión, Calderón intenta una explicación teórica del fenómeno de la violencia asociada a los cárteles de la droga, para reiterar que su estrategia fue la correcta en forma y fondo. En esta materia el exmandatario no solo carece de autocrítica (“en términos generales hicimos lo correcto”, “la estrategia fue la correcta”), sino que celebra situaciones que con el tiempo han quedado en entredicho, como la depuración llevada a cabo en la PGR, de cuyos múltiples chascos judiciales, armados por su procuradora Marisela Morales, Calderón no dice nada, y en cambio tiene palabras de encomio patriótico para la hoy cónsul en Milán.

Calderón también regatea al lector datos y elementos claves para entender la crisis de seguridad de Ciudad Juárez. En el texto no aparece reseñada la matanza de los niños de Villas de Salvárcar, a los que él insultó al enmarcar esa masacre contra inocentes como un pleito de pandillas. La tragedia, así como la indignación ante las declaraciones de Calderón, como se recuerda, constituyó el pivote utilizado por los ciudadanos de aquella población para obligar a los tres niveles de gobierno a una labor conjunta frente a los criminales. El expresidente solo menciona a Salvárcar en las pies de foto de las imágenes en las que se le ve inaugurando una biblioteca e instalaciones deportivas en ese barrio juareense. Para él, la galería de las fotos; para las víctimas y los héroes ciudadanos de Juárez, apenas una mención, una referencia impersonal al nombrarlos como “la sociedad juareense”.

De igual forma, el michoacano desperdicia la oportunidad para hacer una reflexión que ayude a los mexicanos a sacar lecciones sobre la polarización política que marcó a su administración luego de la crisis electoral de 2006. “Había sido una elección cerrada en la que yo había ganado limpiamente”, dice al respecto Calderón, inamovible en su postura ocho años después, para luego descargar en Andrés Manuel López Obrador, a quien no nombra, la responsabilidad

de la crispación: “el comportamiento antidemocrático de quien perdió, negándose a reconocer el resultado de las urnas, y llamando abiertamente al rompimiento del orden constitucional e institucional, generó una tensión política que no solo fue un enorme lastre para el avance del país, sino que erosionó injustamente la credibilidad del sistema y de las instituciones electorales”.

Para tener valía, las memorias de un gobernante (y este libro, aunque su autor se niegue a llamarlas así, son eso: memorias) deben aportar ya sea información novedosa que antes no era posible ventilar o una reflexión honesta hecha desde la distancia. En el libro de Calderón hay poca novedad y lejos de hacer una reflexión reveladora, honesta u original, el panista se desentiende de aquellas cosas que no salieron bien. Así, no solo culpa a López Obrador de la crisis electoral sino que no se hace cargo de que la reforma electoral que descabezó al IFE de Ugalde terminara “por no ser del gusto prácticamente de nadie”.

Esa es la tónica que se puede encontrar en varios pasajes de los once capítulos en que está dividido el libro: yo propuse pero los gobernadores y/o los legisladores no dispusieron como yo quería. “La oposición del Congreso, por presión de algunas entidades federativas, bloqueó estas reformas que eran verdaderamente federalistas”, dice por ejemplo en el capítulo “Crisis y competitividad de la economía” al hablar de una reforma hacendaria. “Desafortunadamente, algunos gobiernos locales no se tomaron en serio esta tarea”, expone al hablar de la falta de cooperación de administraciones estatales en el combate a los criminales. “Había autoridades en los estados que rechazaban que el secretario (de Salud, Córdova Villalobos) dijera que en sus entidades había casos de influenza”, dice sobre la crisis por el AHINI.

Calderón le haría un servicio a México si emprende una denuncia sobre aquellos que boicotearon sus

proyectos. Esa denuncia debe exponer claramente las situaciones donde los gobernadores y otros políticos (o poderes fácticos) se opusieron a lo que él consideraba que era lo mejor para el país. Que sea prolijo en decir quiénes, cuándo y cómo fueron poco patrióticos y que deje al lector el veredicto sobre si tiene razón o no. Como en su libro son escasos e insuficientes esos detalles, el tono de queja al que el autor recurre una y otra vez lo exhibe como un gobernante poco capaz y, encima, plañidero.

Resulta notable que en el único capítulo en que se acerca a describir una situación más o menos detallada es al referirse al controvertido enfrentamiento entre su gobierno y la empresa MVS por la banda 2.5 GHz.

Al final, la constante del libro es el tono autocelebratorio que los mexicanos han memorizado en los rituales de los informes de gobierno. “He sido yo el presidente entre los últimos seis en cuya administración se ha elevado menos el precio de la gasolina”, dice por ejemplo. Pero el exmandatario usa las estadísticas que le convienen. Como al aseverar que, “al cierre del sexenio, México se ubicaba entre los 10 primeros lugares de la tabla de clasificación de la Organización Mundial del Turismo”. Esto es cierto, pero a Calderón le falta honestidad intelectual para acotar, en un texto editado en agosto de 2014, que cinco meses después de que él dejara Los Pinos nuestro país fue expulsado de ese top 10 turístico, descalabro del que no puede culparse a la nueva administración, sino a la del michoacano.

El reto que enfrenta Calderón es que si de verdad quiere construir una narrativa para su sexenio, tendrá que echar a la basura este, su séptimo informe de gobierno, y ofrecer una reflexión donde exponga qué piensa de que aún no haya llegado la justicia para los niños de la Guardería ABC; una reflexión que contenga una larga explicación sobre por qué protegió a Genaro García Luna, exhibido en el caso de Florence Cassez y en

varios otros. Si Calderón quiere contribuir a escribir su historia, que formule hipótesis para comprender por qué sí, según su libro, él lo hizo también los electores mandaron a su partido al tercer lugar en el 2012. Pero si quiere que los mexicanos le den una nueva oportunidad a su verdad, les debe un testimonio con corazón, uno en el que exponga sus vacilaciones, dudas, certezas y arrepentimientos frente a la gran tragedia humanitaria que son los cien mil muertos y desaparecidos en su sexenio. —



NOVELA

Una guerra conversada



Patricio Pron
NOSOTROS
CAMINAMOS EN
SUEÑOS
Barcelona, Random
House, 2014, 122 pp.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

Publicada en una primera versión con el título de *Una puta mierda*, en 2007, al cumplirse veinticinco años de la guerra de las Malvinas, *Nosotros caminamos en sueños* de Patricio Pron (Rosario, 1975) cuenta la historia de un grupo de soldados remitidos a luchar en unas islas que su gobierno reclama como propias. Quien narra es un joven integrante de la tropa que en algún momento es herido y hospitalizado. Antes y después de ese episodio, la estructura es simple: el narrador reporta algún bombardeo pero, sobre todo, informa de conversaciones a través de las cuales se entera de incidentes absurdos y abusivos. Se cuenta cómo una bomba queda detenida durante días en el aire amenazando caer sobre los combatientes, cómo un soldado trabaja amistad con un lobo marino al que adopta como mascota, cómo turistas japoneses visitan las islas para fotografiar a heridos y agonizantes,

etcétera. Paralelamente, los oficiales revelan cómo llevan una administración corrupta de los abastecimientos, manipulan cifras de muertos, acuerdan con un periodista publicar versiones falsas de los hechos o han vuelto un negocio la prostitución.

Esto es común: los personajes no mantienen oculta prácticamente ninguna de sus canalladas, que apuntalan el cariz inmoral de toda la operación. Un militar informa sobre el ejército: “somos una empresa capitalista de exterminio masivo que no escapa a la necesidad de optimizar sus recursos como cualquier otra empresa. Lo que usted tiene que hacer es matar a todas las personas que encuentre en la guerra sin detenerse en ninguna clase de consideración de índole moral o ética”. Cuando un soldado presenta dudas sobre la justicia del reclamo por las islas, el Capitán Mayor responde: “la justicia de nuestro país consiste en tener las cárceles vacías”, a lo que el Principal Capitán añade: “¡No hay presos en nuestro país! ¡Los arrojamos desde aviones, los tenemos en sitios escondidos y luego los enterramos sin nombres!” Poco antes del final, el soldado Wolkowski, de quien se vino diciendo que guardaba un secreto importante, confiesa que “esta guerra es solo una distracción” diseñada por el presidente para paliar el descontento.

Las declaraciones cínicas y los reportes de episodios ilógicos no se detienen, pues, conformando un cuadro negativo del fenómeno bélico. Sin embargo, esa reiteración provoca que la novela sea más explícita como documento antibelicista que eficaz en tanto pieza de literatura satírica.

Por un lado, el texto incluye un repertorio de chistes basados en confusiones verbales que buscarían, pienso, explotar una vena infantilizada (“‘Mi cabo, no cabo en la cama’. ‘No sea burro, soldado, se dice *quepo*’, le había respondido su superior. ‘Ah, entonces: mi quepo, no cabo en la cama’”). Por otra parte, numerosas conversaciones apuntarían a la naturaleza guiñolesca y envidada del ordenamiento

administrativo en la institución militar (“La vigilancia de las trincheras es indispensable —comenzó—. Del asunto se encarga una comisión de vigilancia, la cual, en código militar secreto, es denominada ‘Comisión de vigilancia’; su función es vigilar y nosotros depositamos nuestra confianza en ella; es decir, confiamos en la Comisión de vigilancia para que vigile”). Sin embargo, uno y otro recurso, en su monótono abundamiento, concitan el dictamen de una reincidencia más bien mecánica, a menudo de una pobre contundencia en tanto simples *gags*.

Asumo que esta apreciación tiene que ver con los efectos de una decisión técnica: la función del narrador consiste, mayormente, en transmitir los testimonios escuchados —algunos de los cuales traen consigo formulaciones de expresiva puntería en el uso de la paradoja: “Al parecer, la guerra se caracteriza principalmente porque las personas se mueren [...], ¿no es increíble que la estemos haciendo tan bien, dada nuestra falta de experiencia?”—, pero, exceptuando su hospitalización, de la que fácilmente huye, no hay en el narrador ningún movimiento que lo espolee: no lo vemos urdiendo planes para desertar, para conseguir comida o sexo o para beneficiarse de los enjuagues de que, sin dificultad, se entera. Él se muestra aparte, estático, ante la desvergüenza reinante. Lo más que deja ver es una reiterada perplejidad ante los relatos de corrupción, y sus conclusiones traen un aire de tiesa grandilocuencia: “se extraía la impresión de que la guerra era una puta mierda, un asqueroso agujero sin fondo en el que todos habíamos caído por el peso de una historia desgraciada”.

Por esa falta de dinamismo en las acciones y motivos del narrador, aunada al hecho de que descansa casi exclusivamente en testimonios de los demás personajes, el libro no es una novela que desarrolle en clave satírica las brutalidades de la guerra: solo las conversa. Quiero decir: la barbarie bélica y la corrupción del ejército no se advierten por una actualización dramática de

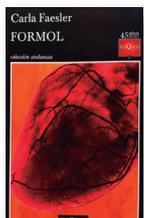
hechos concretos que la herramienta satírica explote llevándolos a extremos hilarantes, sino que se dan a conocer de manera indirecta, ya terminados, por referencias. Así, en vez de un relato que capture la incertidumbre y la sospecha ante las reales intenciones de una misión tramposamente fundada en patriotismo se nos entrega una construcción esquemática, un manifiesto enfático, tajante y sin fisuras.

Por eso, los militares confiesan con anticlimática facilidad sus abusos (“lo mismo da si un soldado muerto tiene pollo en el estómago o solo piedras”) y el narrador, su indignación (“¿Que mataran a todos los que en ese momento estaban defendiendo el soterrano es una pérdida menor para ti?!”; reacciona ante un oficial cínico). Esta visión de blanco y negro le asegura al libro una escasa densidad ficcional y un pronto vaciamiento de su potencial relieve crítico. Provoca así que el empeño del lector no consista en acompañar, así sea con la risa nerviosa que la sátira activa, a los personajes en lo que significaría la experiencia del horror de una guerra en particular, con los efectos del cinismo y la putrefacción moral de los altos mandos, sino únicamente en asentir, sin pretender una mayor complejidad: sí, todas las guerras son terribles. —



NOVELA

Riesgos y cautelas



Carla Faesler
FORMOL
México, Tusquets,
2014, 192 pp.

✎ **ADRIANA JIMÉNEZ GARCÍA**

Ya se sabe —pero quién sabe nada— que tanto la historia como la literatura son construcciones, artificios; no se espera que quienes frecuentan esas

disciplinas caigan en la ingenuidad de confundirlas con la verdad, cualquier cosa que esta sea. No importa tanto qué es lo real sino qué es lo creíble. Un libro es sobre todo una experiencia.

Formol, la primera novela de Carla Faesler, es un artefacto lingüístico que muestra de inmediato su naturaleza. Como poeta, Faesler ha habilitado sus obsesiones con recursos que revelan en buena medida una apuesta por la forma; lo que corresponde frente a un material así no tiene que ver con aceptar la invitación a un mundo ficcional paralelo, sino entender que todo radica, en última instancia, en la organización del material: léxico, anécdota, información, digresiones, tropos, estructura.

Hay varios narradores en esta historia: se cuenta en primera persona, en segunda persona, en primera persona del plural. Hay información documental, diálogos fragmentarios, métrica, aliteraciones, hipálages: profusión de recursos.

Hay una joven casi vencida por el peso de un despojo mortal; hay cronistas de Indias; hay un ojo omnímodo y una mente omnisciente que por alguna razón no puede sino conjeturar; hay un narrador morfológico que, como una caterva de dioses o un coro griego, comenta los sucesos desde su atemporalidad y nos interpela sobre el significado de esa antigua figura en constante mutación: la identidad nacional.

Todas esas voces, vacilantes unas, sentenciosas otras, cuentan la historia del corazón que le arrancaron del tórax a un mancebo durante el último sacrificio humano en el Templo Mayor, y que pasa de mano en mano hasta nuestros días esperando ser trasplantado para revivir al México originario.

Dicho músculo cardíaco habrá de experimentar sus improbables avatares —enterramiento y congelamiento en la nieve del Iztaccíhuatl; encuentros providenciales con Baltasar de Echave y el Dr. Atl; flotación en

formol dentro de un frasco; paso de mano en mano hasta llegar a la tercera repisa de un librero en la colonia Roma— a la espera paciente y astuta de un cuerpo capaz de contenerlo para, a partir de allí, resarcir siglos de humillaciones y expoliación.

Aunque difícilmente se pueda salir ileso de semejante desafío narrativo en clave realista, el proyecto es de aplaudirse. Ya lo dijo Cristóbal Serra: “cosas más raras se han visto, que las reglas del decoro me vedan referir”. Y no resulta más fácil emprenderlo con las armas del lenguaje poético y la imaginería. El riesgo se tenía que correr: bienvenido ese riesgo.

El procedimiento de Faesler consiste en no renunciar a ninguna de esas estrategias. Va a caballo entre el realismo y las modalidades de lo sobrenatural: como ya se dijo, echa mano de los temas y recursos estilísticos que ha venido utilizando desde hace años en sus versos e incluso en su poesía visual.

Un ejemplo: se perciben series de heptasílabos y otros metros que dotan a la prosa de un ritmo delicado; esta es solo una de las maneras en que el oficio de poeta se atrajo al servicio de la historia.

Si se hace el ejercicio de intervenir el único párrafo de la página once con escansiones en las pausas que el ritmo mismo impone, tendremos un poema que hará aún más evidente la hibridación de esta novela:

Algo de movimiento
cuando un intenso olor a hierba
entre armario y librero.
Alguien se acerca, busca
y abre una puerta justo
ahí
donde el húmedo bosque
jaguares y coloridas plumas
se asoma.
Cierra respiración,
la soledad madera,
venado rojo que pasta.
Muerde los brotes verdes,
los incipientes brotes.
Estremecedores pasos

y lentos.
Hay un pulso de estrella
que en su hocico rutila
mientras revela y luce
como un fulgor antiguo.

Esta devoción formal, sin embargo, desemboca en excesiva cautela, tanto en forma como en fondo, a pesar de que Faesler es consciente de lo que esto implica: “Cuando un gesto no es emoción sino textura o un rasgo ya no es más que el puro croquis, la vacilación encierra al artista en su prisión de celos y ata imaginación y gozo con gruesas cadenas a lo más agrio que escalda en el calabozo de dudas.”

La contraportada del libro nos promete humor negro: inteligente manera de abordar los misterios. Hay que decir que tal promesa no se cumple. La ironía es tenue; el texto entero resulta un tanto ornamental a fuerza de recursos estilísticos; el final peca de precavido.

Una gota de sarcasmo, sí, le habría venido bien al formol de ese frasco; le habría aportado la acidez precisa, a modo de conservador químico para la insidiosa viscera, material tan proclive a la descomposición total. Ya lo dijo Paracelso: el veneno es la dosis.

Un diálogo menos tímido con lo que se denomina realidad circundante o contexto habría dado lugar, con fortuna, a la parodia: la escritora tenía con qué emprenderla. Sin ir más lejos, pudo haberle sacado jugo a los tristes promocionales de radio que sentencian desde hace unos años: “el corazón de México eres tú”.

Pero, ¿y si este no es un libro, sino una experiencia; un conjuro para socavar lo que llamamos realidad; una máquina para generar epifanías? En ese caso, habría que reconsiderar la pretensión de desentrañar el misterio. Porque, igual que los arúspices al hacer sus vaticinios, hay que matar a las aves para hallar la verdad en sus entrañas. Ahí está el peligro.

Tal vez por eso el acercamiento a esta historia se emprende al sesgo. La imantación del lenguaje atrae hacia

sí los datos históricos, los epígrafes venerables, las consejas de ricas implicaciones.

Pero al mismo tiempo esta novela, de una belleza indudable en varias momentos, cede a la tentación de lo explicativo; hay pasajes que rayan en lo didáctico; es como si la autora se hubiera sentido obligada a aprovechar todos los datos que recopiló durante una investigación que claramente le ha llevado mucho tiempo y en la que ha puesto mucho más que el corazón.

Es como si Faesler se hubiera impuesto como un deber —al que termina renunciando— atar todos los hilos para contener la desmesura. Tal imperativo se habría justificado, quizá, si no fuera porque la apuesta parecía ir en sentido contrario: hacer evidente, por medio del lenguaje, que a fin de cuentas todo es misterio y artificio. —



ANTOLOGÍA

Huerta recuperado



Efraín Huerta
EL OTRO EFRÁIN.
ANTOLOGÍA
PROSÍSTICA
Edición y selección de
Carlos Ulises Mata
México, FCE, 2014,
674 pp.

✎ JOSÉ HOMERO

Efraín Huerta es un autor problemático: siendo uno de nuestros clásicos, carece de obras completas; por lo cual su obra está en proceso de formación como corpus. De ahí que el espécimen más fino de la pesca aportada por el centenario huertiano sea *El otro Efraín*.

La obra prosística de Huerta es hasta ahora uno de esos mares ignotos que pocos académicos se habían atrevido a explorar y anotar, aun cuando uno de los libros pioneros fue *Aurora roja* (2006), de Guillermo Sheridan, que espiga en la abundante producción periodística, panfle-

taria, sentimental y memoriosa del joven Huerta, en una edición que no circuló en librerías —apenas en ciertas bibliotecas, por decisión de los herederos del poeta.

La minuciosa investigación del académico guanajuatense Carlos Ulises Mata nos presenta a un autor inédito y lo sitúa en primer término frente a las aristas de su poesía, en segundo frente a su generación, en tercero frente a otros autores para otorgar indicios de una poética; y en fin frente al lector.

Mata asedió las fuentes públicas y privadas y conoció, privilegiadamente, esas legendarias libretas de crestomatías: las damas negras. Revisó más de dos mil textos, seleccionó 172, aquellos que le parecieron más idóneos y más amables para el lector —aun cuando la prosa de Huerta, según su propia definición, fuera ligera, amable y considerada con el lector—; los distribuyó en siete apartados por afinidad “de tema, intención y tratamiento”, y dentro de estos dispuso las piezas en orden cronológico. He ahí el procedimiento del investigador: ubicar, leer, seleccionar, cribar, distribuir. No encuentro en dicho ejercicio misterio alguno —¿acaso un investigador, sea ungido por la academia o salvaje, no prosigue un método semejante?—, pero Mata recurre a circunloquios acaso para soliviantar académicamente el desarrollo. Asienta que en Huerta no se pueden delimitar épocas o periodos y que es mejor considerarlo un poeta de constelaciones de lectura (“atados con nudos que son nodos”). Siguiendo el derrotero de que a Huerta le interesaban más los poemas que los libros, la dispersión que la unicidad y que en sus compilaciones siguió el agrupamiento temático, Mata justifica la distribución total de los textos no por cronología sino por apartados a semejanza del orden establecido por Huerta en *Poemas prohibidos y de amor*. Finalmente, declara derivar en la idea de la crestomatía como un ejercicio aprendido en Huerta en quien ubica una vocación

antológica —“El género antológico se halla en el origen de la actividad literaria de Efraín Huerta y la atraviesa en varios momentos significativos”—. Más adelante reitera esa impresión.

El otro Efraín permite confrontar la poesía de Huerta con sus escritos prosísticos, articular a partir de fragmentos una poética y evaluar con citas flagrantes las relaciones entre Huerta y sus contemporáneos y otras generaciones —con los Contemporáneos como cabe esperar pero también con los estridentistas—, además de afianzar la idea del poeta como un pilar de la crítica cinematográfica de educado y coherente gusto. Con atractivo diverso, en más de un sentido *El otro Efraín* es un libro biográfico y como en los mejores libros con aires de otras épocas, una vívida colección de estampas e historias.

Los ensayos que ya habían circulado son las piezas más compactas del prosista. Piden y celebran la añadidura de otros textos contemporáneos y de temas semejantes; de algunos, no de todos. Las columnas sobre cine son axiales y muestran una veta crítica más definida que en su postura literaria, acaso porque Huerta fungió poco como crítico de reseñas. Pueden trazarse paralelos entre su tibio aprecio por las obras de vanguardia literaria, sean las de T. S. Eliot o Julio Cortázar, y las del cinematógrafo —se intuye su desdén por *Rashomon* de Kurosawa y *El año pasado en Marienbad* de Resnais—. Se agradece asimismo el rescate de las “Columnas del Periquillo” donde fosforecen aforismos y boutades que indican el origen greguerio de los posteriores poemínimos y de curiosidades como las lecturas de los poetas, definitorias de cercanías y distancias. Aventurarse a leer el volumen como un libro al que se acude por gusto y no por consulta o celo profesional, deja sin embargo la sensación de saciedad.

Mata no se limita a compilar la obra y trazar una presentación donde exponga su método y las vicisitudes de la composición, además de

situar la investigación en el contexto de la obra y los estudios huertianos. Aprovecha la luz de las diablitas para representar su propia lectura así sea de manera subrepticia. Sospecho que la empresa es más propia de un libro autónomo y propio que de un prólogo en una edición “para el lector”, pero esa es una de las paradojas que encuentro en el trabajo del investigador. Otra: tras elogiar la levedad de la prosa de Huerta y exponer que lo guía cierta subjetividad crítica, Mata cede a la tentación académica de apantallar al lector —ese lector de a pie al que se quiere presentar a Huerta si es que antes resiste el prólogo— con oraciones como la siguiente: “Al aplicar esa consideración ineludible a la entidad platónica denominada toda la prosa que Efraín Huerta escribió, se hace evidente que carecemos del corpus delimitado correspondiente a esa idealidad.” La puntilliosidad académica no libra al investigador de arrebatos líricos aunque no por ello más legibles: “De la fusión plena que adelgaza la sangre ajena y la propia hasta hacerla transparente, a la hipersensibilidad que reconoce en el aire la presencia translúcida del odio atmosférico.”

Falto de modestia y sin temor al autoelogio, Mata califica su antología como un muestrario “estricto pero no menos significativo”. Es cierto, siguiendo el argumento de que existen más de dos mil textos en prosa esperando el rescate, nos asomamos a menos del 10% de la producción, pero a juzgar por los resultados la criba pudo ser mayor. Un volumen más escueto, huelga decir, más selecto, sería más justo con el prosista Huerta. Al margen: el descuido editorial en este volumen lleno de erratas es memorable y opaca el acierto de la publicación.

Aunque Mata afirme que el criterio que guía su selección es el gusto (“esta no es una antología arqueológica o de tipo histórico, sino una antología de lectura”; “una selección de los mejores textos del conjunto”; “los que más me gustan a mí y los que

creo que podrán gustar a más lectores”), textos hay cuya inclusión parece más en deuda con una agenda crítica que con el placer del texto. El Huerta admirador de Julio Torri y del ensayista orfebre Ramón López Velarde se convierte en uno de esos talentos que aspiran a ganar por puntos, lo cual nunca fue su caso. Si estas son las mejores obras en prosa, entonces, para que las virtudes que aquí se revelan en muchos momentos —sapiencia literaria, agilidad en el manejo de la ironía, el humor, brillantes imágenes, música acompañada— se perciban más nítidamente habría que efectuar una antología más depurada. —



NOVELA

Los misterios del Gusano



Hugo Hiriart
EL ÁGUILA Y EL GUSANO
México, Random House,
2014, 352 pp.

▣ PABLO SOLER FROST

FABIOLA, ESTEFANÍA, ALONSO

FABIOLA: Me dejó muy patidifusa...

ESTEFANÍA: No te pudo dejar “muy” patidifusa. O te dejó así o no, pero no es necesario adjetivar esa palabra...

FABIOLA: Ay, bueno. El caso es que sí está tremenda la obra... ¿Qué vas a desayunar?

ESTEFANÍA: Unos huevos *benedictine*. Mira, allí viene ya Alonso.

ALONSO: Señoras, muy buenos días. ¿Qué les pareció el libro?

ESTEFANÍA: ¿Por qué se volvió así Hugo, eh?

ALONSO: Así, ¿cómo?

ESTEFANÍA: Pues así: más mordaz que agradable, más tétrico que otra cosa, más desesperanzado, no sé...

ALONSO: Bueno...

ESTEFANÍA: Porque antes no escribía así...

FABIOLA: A mí me dejó "muy" patidifusa...

ALONSO: ¿"Muy"? Bueno, todo cambia, ¿no? Hasta nuestros escritores favoritos... Yo creo que tiene que ver con que el país también cambió...

FABIOLA: El país no ha cambiado...

ALONSO: ¿No, eh? Bueno, piensa en el país como un cuadro... No le veo ya mucha cara de José María Velasco... Es más, incluso si me dijeras que el país parece un cuadro de Caravaggio te diría que no, que eso fue, pero ya no. Hay otra luz. Una luz como de Bacon, que se quiere aséptica y que todo revela. En Caravaggio la luz se retuerce igual que los personajes, sufre. Pero su origen es claro. Un poco así pienso que es *La destrucción de todas las cosas*. Hay espacios, aún. A pesar de todo, claridad. En Bacon, como en *El Águila y el Gusano*, todo el espacio está acotado. Todo lo que ocurre está acotado dentro de lo siniestro. Hasta lo que no es siniestro aparece a esa luz.

ESTEFANÍA: Sí, pero...

ALONSO: Di.

ESTEFANÍA: No es *Galaor*...

ALONSO: No. Pero en *Galaor* también suceden cosas tremendas.

ESTEFANÍA: Sí, pero están muy alejadas. De mí, de ti, de la percepción del tiempo y del espacio actuales...

ALONSO: En cambio *El Águila y el Gusano* están muy cerca, ¿no? Ese cuadro de Ensor en la portada parece decirnos algo a nosotros, nos grita algo a nosotros. Ese colorido brutal, esa aglomeración infame... Un hervidero de gente muy diversa en el cual no puedes saber quién está maquinando negras intenciones, ni quién es inocente. Y claro, la pregunta: aparte de mí, ¿hay aún inocentes? ¿Los hubo alguna vez? El Dios-Emperador de Dunas, Leto, El Gusano, decía, o más bien, dirá, dentro de diez mil años, que los inocentes son un raro lujo en su imperio... Deberían leer *Dunas*, señoras.

FABIOLA: Otro libro de gusanos.

ALONSO: ¿Se acuerdan de los hexagramas?

FABIOLA: No como tú.

ALONSO: Ja... yo creería que este libro es como el hexagrama "Lo echado a perder" o "Lo echado a perder como tarea". La imagen, ¿recuerdan?, es la de una escudilla en la que prosperan gusanos. Pensaría que este libro es una especie de "precuella" de *La destrucción...*; a su vez, *La destrucción de todas las cosas* va antes que *La torre del caimán*. Los tres comparten un tono; y sí, el tono es aterrador. Lo aterrador es aquello que nos provoca un miedo irracional, un miedo muy profundo. Como un lugar donde prosperan los gusanos. Hugo mismo, en su libro sobre los sueños, da cuenta del mecanismo de las pesadillas. Algo que parece algo inofensivo, la hoja de un árbol, por ejemplo, se convierte en otra cosa, un insecto, un insecto que nos ataca.

FABIOLA: Eso sentí.

ESTEFANÍA: Sí, es un libro tremendo.

ALONSO: ¿Y quisieras que Hugo escribiera de otro modo? ¿Después de

todo? ¿Se acuerdan del grabado de Goya? "El sueño de la razón produce monstruos." Creo que muchas veces se ha malinterpretado esta frase. Porque no son los monstruos irracionales que advierten que la razón ya no vela y ya no vigila y por ello nos visitan, sino los monstruos propios de la razón, los que esta sueña. Y nos hemos vuelto eso. Un sueño de la razón...

FABIOLA: ¿Pidamos algo de desayunar, no? No sé por qué sentí un escalofrío.



HUGO, PÁNFILO

PÁNFILO: Órale, Hugo.

HUGO: Como sabes, "órale" viene de "orar". Es decir: "rézale".

PÁNFILO (*mirando ora a Hugo, ora al Dante de la Facultad*): Órale, Hugo.



LEÓN MACÍAS; "EL BELUGA"; PALOMA PERES; RUTILO, LIBRE

LEÓN (*cerrando la portezuela del honda libre*): Vamos aquí nomás, a Ahuehuetes Sur...

PALOMA: Ya sabe, a la glorieta donde un albañil se colgó y luego se rompió la cuerda y cayó en mi cofre...

RUTILO: Sí, señorita.

EL BELUGA: ¿Fuiste tú? Eso ha de haber sido como en ochenta y cuatro, ¿no?

PALOMA: No me acuerdo de la fecha, bien a bien..., pero sí, antes del temblor...

LEÓN: Eso me recuerda... ¿Ya leyeron el libro nuevo de Hugo Hiriart?

PALOMA: Sí, no, más o menos. Lo tengo en la casa si lo quieres, Beluga.

EL BELUGA: Gracias. Yo ya lo leí. Me dejó muy preocupado.

LEÓN: ¿Muy preocupado por Hugo, muy preocupado por la república de las letras, muy preocupado por la nación?

PALOMA: Ash...

EL BELUGA: Pues mira, sí.

PALOMA: ¿Por qué preocuparse? ¿Vas a cambiar algo con tu preocupación?

LEÓN: Bueno, si todos los días la gente le rezara a san José, el mundo sería otro.

EL BELUGA: ¿Y eso?

LEÓN: Es el consejo que les dan unos monjes a Fernando Rey y a Luis Buñuel.

PALOMA: Miren, un coche en llamas.

LEÓN: Acelérele, maestro.

PALOMA: ¡Qué espanto!

EL BELUGA: Ya llegamos...

RUTILO: Miren, chavos. El maestro Hiriart escribe así porque así está la patria. La bandera de México ya no es verde, blanca y colorada. Es negra, blanca y negra. ¿No la han visto? Es una bandera de luto, tal cual “el doliente de Hidalgo”. Apareció cuando las marchas. Esa es hoy la bandera nacional. Y el águila come un gusano. Los ríos apestan, las casas se desploman, los niños reparan en crueldades, hombres y mujeres desaparecen, hay colgados y autos incendiados y si te vi, no me acuerdo; todo muere, menos la codicia, la envidia, la lujuria, la avaricia. Son ciento veinte pesos, chavos. —

HISTORIA DE LA LENGUA

Hablantes, instituciones, cultura y literatura



Luis Fernando Lara
HISTORIA MÍNIMA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 2013, 580 pp.

CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY

El libro de Luis Fernando Lara —puesto en circulación en el primer semestre del año, no obstante el pie de imprenta de 2013— se inserta en la mejor tradición de las pocas historias de la lengua española existentes a la fecha, a la vez que aporta mucha información nueva. En efecto, este libro es heredero, como el propio autor nos dice en el prólogo, de cuatro anteriores historias del español: la pionera de Rafael Lapesa, aparecida en 1942 y totalmente renovada y ampliada en 1981; la del mexicano Antonio Alatorre, aparecida en una exquisita versión de lujo en 1979 y puesta a disposición del gran público en 1988; la del inglés Ralph Penny, aparecida en 1993 y traducida al español en 2006; y la de Ramón Menéndez Pidal, de 2005, hecha libro mediante la recopilación y organización de las notas y apuntes de este gran filólogo e historiador de la España medieval llevadas a cabo por su nieto, Diego Catalán.

Nos dice Luis Fernando Lara en el prólogo que su libro es de estricta difusión, de ahí que carezca de referencias bibliográficas en el texto, que se reduzcan al máximo los tecnicismos gramaticales, que la información lingüística venga apoyada por numerosos fragmentos literarios y que un útil DVD, elaborado por Elizabeth Heyns, sirva para respaldar con

mapas, retratos, genealogías e imágenes culturales diversas la información histórica, cultural, literaria y lingüística expuesta (y al que el lector puede acudir mediante oportunas llamadas en el texto). A pesar de que el objetivo está bien logrado, esta obra no se limita a la difusión, porque no es un mero compendio de conocimientos. Los datos, aunque en ocasiones sean bien conocidos, están interpretados y puestos en otros marcos culturales; también contiene información nueva y útil para el especialista.

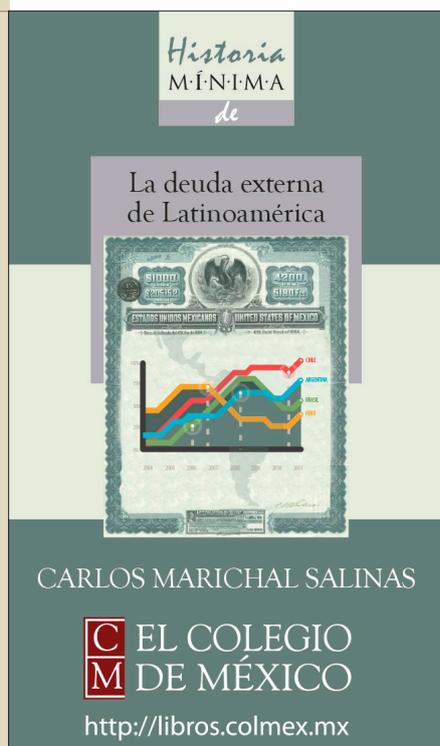
El libro consta de veintidós capítulos, donde la información sobre la lengua se analiza y expone a la luz de la historia, la cultura, la literatura y las instituciones. Los cuatro primeros (siglos II a. C.-VI d. C.) están dedicados al primitivo latín de la Hispania, al latín de la alta Edad Media y a las características étnicas y lingüísticas de los colonizadores romanos originarios, las de los posteriores invasores germanos y a cómo los visigodos adoptaron el latín y lo unieron al germano. Siguen dos capítulos (siglos VIII-XI) en que el autor pone en diálogo las invasiones musulmanas, la resistencia cristiana y el inicio de la Reconquista con los resultados culturales y lingüísticos de la extensiva influencia del árabe sobre el español, además de reflexionar sobre la pervivencia del mozárabe, la fuerte influencia de los pueblos francos y la toma de conciencia de la cristiandad como un factor identitario y cohesionador para diferentes pueblos peninsulares ibéricos. Los siguientes tres apartados (siglos XI-XIII) abordan la gestación del castellano y las primeras manifestaciones literarias en esta lengua. Un extenso capítulo siguiente (siglo XIII) está dedicado a Alfonso X, a la oficialización del castellano como lengua de cultura y a la imponente obra jurídica, literaria, traductora y lingüística promovida por este rey a lo largo de casi cuarenta años. Dos apartados más (siglos XIV-XV) introducen al lector en la baja Edad Media peninsular, la influencia renacentista

italiana en el siglo xv, la labor política unificadora española de los Reyes Católicos a fines de ese siglo, el extenso patrocinio cultural y literario ejercido por estos monarcas y la figura de Nebrija con la primera gramática escrita en lengua española. En tres capítulos (siglo xvi) presenta el imperio español de Carlos V, la conquista española en América, las lenguas mesoamericanas existentes en el siglo xvi, su pérdida y su relativa pervivencia y vitalidad actual, la conformación de las nuevas ciudades virreinales novohispanas y los varios tipos de nivelación lingüística entre dialectos peninsulares ibéricos y entre ese español nivelado y las lenguas amerindias. La sección dedicada a los siglos xvi y xvii, apoyada en la reproducción y análisis de numerosos fragmentos de textos literarios, aborda el Barroco y las muy diversas manifestaciones literarias de esta época. Siguen dos apartados (siglo xviii) en que se analiza la

sociedad y la cultura al término de la dinastía de los Austrias e inicios de la de los Borbones, la Ilustración considerada por sí misma como movimiento neoclásico y sobre todo como reacción contra el Barroco, y, a la luz de aquella, la creación de la Real Academia Española, la posterior creación de las Academias de la Lengua en Hispanoamérica, ya en el siglo xix, las primeras obras lexicográficas académicas y sus antecedentes, así como el papel prescriptivo y normativo que estas corporaciones han tenido sobre el uso y difusión de nuestra lengua. Más adelante, tres capítulos (siglo xix) están centrados en Hispanoamérica y las independencias de los diversos países que la integran, el problema de la unidad y diversidad de la lengua española resultado de la oficialización y generalización de los dialectos hispanoamericanos, las migraciones masivas a Hispanoamérica en ese siglo y, como efecto de estas, la influencia de otras lenguas sobre el español, como, por ejemplo, el de diversos dialectos del italiano en el español de Argentina, además de la aparición de varias e influyentes nuevas gramáticas, en especial, la de Andrés Bello, la perspectiva de estos gramáticos sobre la unidad y las diferencias del español. Se cierra la obra con un capítulo sobre el español en el siglo xx e inicios del xxi, la influencia del inglés, las manifestaciones literarias en “español”, y las ideas sobre la lengua española en el mundo contemporáneo, problema este relacionado con el hecho nodal de si existe o no un verdadero policentrismo en la lengua española actual. Valiosas son las casi ochenta páginas de índices que ayudan al lector a leer u ojear la obra desde diferentes ángulos y a buscar informaciones diversas sin tener que realizar una lectura lineal si no lo desea.

¿Qué tiene de nuevo y qué tiene de diferente esta historia de la lengua respecto de las anteriores? Bastantes cosas. Una, el libro destaca, aunque

no siempre de modo explícito, que la lengua española, como cualquier lengua, ha tenido en su evolución tres grandes protagonistas: por un lado, los hablantes comunes, los ciudadanos de a pie, que somos los grandes creadores de los cambios e innovaciones lingüísticas; por otro, las instituciones, de muy diverso tipo, desde el Estado hasta, por ejemplo, las Academias o las sociedades literarias; y, en tercer lugar, casi siempre al amparo de aquellas, los grandes creadores. Queda claro en la obra de Luis Fernando Lara que lenguas como la española, con tan altos niveles de estandarización, con tal vastedad geográfica de hablantes nativos y con tal variedad de expresiones creativas, literarias, científicas y, en general, culturales, difícilmente alcanzan esos niveles de generalización, creación y estandarización si no es con el impulso del Estado. Por ello, en la obra de Luis Fernando Lara es tan abundante la información histórica y de instituciones diversas. El primer protagonista, el pueblo llano, quedaba en las anteriores historias de la lengua totalmente opacado o minimizado al punto de que se volvía invisible. En esta nueva historia hay un verdadero esfuerzo por poner en el foco de la atención del lector a los hablantes de todos los días, por rescatar sus modos cotidianos de habla, por mostrar al lector los documentos que reflejan esa lengua cotidiana no literaria y por reconstruir ese hablar, basándose muchas veces el autor en los comentarios de los gramáticos, ya que aquellos usos que los gramáticos reprueban o estigmatizan son, justamente, los más extendidos. En el libro de Luis Fernando Lara podemos leer algunos *graffiti* de Pompeya, parte de la lista de léxico de Probo (el famoso *Appendix Probi*), algunas cartas de emigrantes a Indias en el siglo xvi, fragmentos en ladino o algún texto en lunfardo. Este protagonismo de la lengua



cotidiana y sus hacedores es totalmente nuevo.

Dos, un constante señalamiento, explícito desde el prólogo y en numerosos pasajes del libro, en que una mejor comprensión de la lengua, sea en su evolución o en las manifestaciones sincrónicas de cualquier época, no se puede entender sin atender las manifestaciones literarias y científicas que dan el imprescindible respaldo de estandarización a esa lengua. La *Historia* de Luis Fernando Lara es la primera que contiene numerosas y extensas reproducciones de fragmentos literarios, desde varias tiradas de versos del *Cantar de mio Cid*, la poesía de Góngora, hasta romances y adivinanzas, pasando por extensos fragmentos de la obra científica e historiográfica de Alfonso X o por un extenso fragmento del *Quijote*. Se observa un balance entre información lingüística y literaria y la puesta en escena de la lengua como compañera inseparable de la literatura, culta y tradicional. En las anteriores historias de la lengua –con la excepción de la de Alatorre– se hablaba de los escritores pero no se reproducían sus obras.

Tres, totalmente nueva es la incorporación de abundante información estadística para respaldar la información lingüística. Luis Fernando Lara aporta en este libro numerosa información cuantitativa de diversas épocas y aspectos. Por ejemplo, sobre el número posible, aproximado, de lenguas y de hablantes a la llegada de los españoles a América, y sobre el número de lenguas y hablantes que perviven en el siglo XXI. También nos regala información estadística sobre cuáles eran los equilibrios entre representantes del clero y del Estado y entre representantes hispanoamericanos y españoles en las Cortes de Cádiz, cruciales, como se sabe, para el alumbramiento de las repúblicas hispanoamericanas. Nada

semejante había en las anteriores historias de la lengua.

Cuatro, las muchas páginas dedicadas a América y el realce del español americano, mostrado este en toda su diversidad dialectal y no como un bloque monolítico, son algo totalmente diferente respecto de las anteriores historias. Destacar el mestizaje, en los muchos y distintos cruces étnicos y en la actual Hispanoamérica y en sus hablantes como resultado de aquellos es nuevo en el modo de historiar la lengua española.

Cinco, un énfasis muy importante en que la lengua española, como cualquier lengua, vive en sus variantes dialectales y, sobre todo, se ha enriquecido gracias a los constantes contactos humanos –conquistas, migraciones, convivencias– que han propiciado numerosos préstamos y calcos lingüísticos. Desde el mismo latín para los pobladores prerromanos, hasta occitanismos y catalanismos múltiples en el siglo XIII, pasando por los miles de arabismos de los siglos VIII a XV, por las decenas de italianismos a partir del siglo XV y hasta el XVII, por las decenas de galicismos en los siglos XVII y XVIII, hasta el alud de anglicismos desde el siglo XIX a la fecha; todas esas lenguas han engrosado y fortalecido el léxico del español. El contacto lingüístico y los préstamos no son sino un tipo peculiar de mestizaje y así nos lo hace ver Luis Fernando Lara. No hay nada semejante en las anteriores historias del español.

Seis y último, hay un interés significativo en historiar la estructura de las gramáticas, las ideas expuestas en ellas y en analizar el quehacer lexicográfico en español. Nada parecido hubo antes. Luis Fernando Lara se detiene en la figura de Nebrija, analiza las ideas nuevas de este gramático y reproduce algunos fragmentos de la *Gramática de la lengua castellana*; se detiene en la figura de Bello, examina sus ideas sobre la unidad del español y expone fragmentos de la

obra de este gramático; se detiene en el *Tesoro* de Covarrubias y en el *Diccionario de Autoridades*, obras pioneras de la lexicografía en lengua española, los estudia, los contrasta con la tradición lexicográfica anterior y posterior y también los compara con algunos diccionarios de otras lenguas romances, el francés, por ejemplo. Tal énfasis en gramáticas y diccionarios deja claro que, para el autor, estos dos tipos de obras son herramientas básicas para la estandarización de la lengua, y por ello ha dedicado muchas páginas a ambos.

Nos dice Luis Fernando Lara en su prólogo que “muchas de las afirmaciones aquí contenidas promoverán algunas sorpresas y quizá hasta enojos entre los especialistas. Espero que esas críticas produzcan debates...”. Estoy segura de que las muchas próximas ediciones de este libro se enriquecerán con esta invitación al diálogo. Tomo la invitación: se me ocurre ahora, quizá, ahondar un poco más en cómo el surgimiento de las burguesías en el siglo XIV modificó el modo de narrar; y se me ocurre, quizá, profundizar algo más en cómo la tensión entre oralidad y escritura ha modificado el quehacer literario a través de los siglos. Y algo deseable para la próxima edición sería incorporar la información del DVD directamente en el texto, porque el libro constituye un valioso material que llegará a manos de muy variados lectores y es posible que no todos tengan acceso a una computadora en el momento de estar leyendo esta nueva historia de la lengua española; y, finalmente, porque texto más DVD, juntos, logran un todo bien integrado y muestran a cabalidad la cohesión de la lengua con la historia, las instituciones y los creadores que la cobijan.

Nos congratulamos los lectores por este nuevo libro que de forma profunda a la vez que amena nos invita a recorrer nuestra lengua de la mano de su autor. –